

CUESTIONARIO FILOLOGICO

Ya el año pasado tuve el gusto de aportar mi modesta contribución a la revista HELMÁNTICA de la Pontificia Universidad Eclesiástica de Salamanca ¹, abriendo en ella un consultorio filológico. Hoy vuelvo con el mismo epígrafe a esclarecer puntos discutidos o apreciaciones equivocadas.

«¿Estratego» o «estratega»?

Comencemos por un vocablo muy usado en estos tiempos: «estratego» o «estratega». ¿Cómo debe decirse?

El vocablo es griego: στρατηγός compuesto de στρατός ejército, y αγός del verbo ἄγω yo conduzco, yo guío, στρατο-αγος contraído en στραταγός y convertida luego la *a* larga de la sílaba τα en η, στρατηγός jefe de ejército, general, caudillo. En griego moderno se escribe lo mismo: στρατηγός pero la *e* larga se pronuncia *i*, *stratigós*. El gran cómico latino Plauto usó un par de veces en sus comedias la palabra, una vez con la significación de «general de ejército» y otra con la de «director de un festín», como si dijéramos *architriclino*. Es por tanto evidente que en español debe decirse «estratego», no «estratega», como se dice hoy generalmente, sobre todo por toda la caterva de «estrategas» de café que surgió durante la guerra. Ya sé que es inútil luchar contra esa corriente impetuosa, pero bueno será recordar que en italiano se dice *stratego*, que el *Diccionario Militar*, de Almirante, escribe «estratego», y que el *Diccionario de la Academia Española* escribió también siempre «estratego», hasta que el *Diccionario manual e ilustrado* de la misma Academia dió también cabida a la forma bárbara «estratega» en su edición del año 1927, y, naturalmente, la edición del diccionario grande de 1939

¹ Cfr. HELMÁNTICA, 1951, pp. 341-350.

admite también la forma «estratega», aunque dando la preferencia a «estratego».

El vocablo *estratega* no es un helenismo, ni un latinismo, sino pura y simplemente un galicismo o un barbarismo. El Diccionario de la Academia, hasta la edición penúltima, escribía sólo *estratego*. ¿Cómo *estratego* se convirtió tan rápidamente en *estratega*, de manera que ya solamente se escriba este disparate? Pues la explicación no puede ser más sencilla. *Estratego* era un vocablo muy poco usado hasta que llegó la primera guerra mundial, en que los periodistas franceses no se hartaban de emplear la palabra *stratège*, que es la forma correcta en francés del στρατηγός griego y del *strategus* latino. Y los periodistas españoles, por no saber griego ni latín (hay excepciones), no cayeron en la cuenta de que en español existía el vocablo correcto *estratego*, y tradujeron del francés *stratège*, *stratega*. Y así es como en un momento se cambió la *o* en *a*, y tuvimos un galicismo más, porque eran pocos. Y he aquí por qué dije que *estratega* no es un helenismo ni un latinismo, sino un ridículo galicismo, porque *estratega* no viene de Atenas ni de Roma; viene de París. No puede venir de στρατηγός ni de *strategus*; es el gabacho *stratège*.

Es muy curioso lo sucedido en español, con tres palabras griegas, morfológicamente iguales: στρατηγός, αοιδός y ραψωδός. Parece evidente que en español deberían ser: *estratego*, *aedo*, *rapsodo*. ¿No es verdad? Pues vean la suerte que han corrido en el Diccionario de la Academia. La primera fué *estratego*, hasta que el Diccionario manual e ilustrado de la misma Academia la transformo en *estratega*, y la edición última del Diccionario grande admitió las dos formas: la correcta *estratego* y la galicana *estratega*, que nunca habría debido admitir. Respecto de la segunda: *aedo*, la Academia hasta ahora se mantiene firme sin dar cabida a la forma *aeda*, de la cual dice muy bien el Diccionario manual que es un barbarismo, o, mejor diría yo, un galicismo, porque es el francés *aède*.

Y la tercera: ραψωδός, es indiscutiblemente *rapsoda* para la Academia. ¿Por qué? *Cur tam varie!*

Si *aeda* es un barbarismo, según la Academia, lo es igualmente *estratega* y, sin duda, también *rapsoda*.

Lo correcto es: *estratego*, *aedo*, *rapsodo*. *Estratega*, *aeda*, *rapsoda* son los inadmisibles galicismos: *stratège*, *aède*, *rhapsode*.

Acentuación de nombres griegos y latinos

Ahora vamos a examinar unos cuantos nombres propios griegos y latinos mal pronunciados.

Empecemos por el gran historiador griego, que la mayoría acentúan mal, sin duda ninguna.

1. ¿Quién no ha oído pronunciar Herodoto el nombre de ese historiador? Herodoto dicen todos los libros de historia griega; Herodoto todos los libros de literatura griega; Herodoto todos los que citan al gran historiador; en fin, todos hablan de Herodoto y todos lo pronuncian mal, porque no debe decirse Herodoto, sino *Heródoto* con el acento en la antepenúltima sílaba. Heródoto, porque la *o* de la penúltima sílaba, que es la que da la norma, es breve. Y a mayor abundamiento también es breve la *o* de la tercera sílaba *ro*, que además es la que lleva el acento agudo, aunque lo esencial es que la penúltima sílaba sea breve, como aquí lo es. Dígase, pues, Heródoto, que es lo correcto, no Herodoto, que es un barbarismo.

2. Dígase lo mismo del gran trágico griego Esquilo, que todos pronuncian acentuando la sílaba *qui*, como la primera persona del singular del presente de indicativo del verbo *esquilar*. Pero aquí no se esquila a nadie. Ese nombre debe pronunciarse esdrújulo, *Ésquilo*. ¿La razón? La misma: en griego se escribe Αἰσχύλος con la *υ* breve, y en latín se dice *Aeschylos*, con la penúltima breve, como se ve en el hexámetro de Horacio en la *Epístola al Pisones*, 279:
Aeschylus et modicis instravit pulpita tignis.

El primer pie, como se ve, es un dáctilo, que consta de una sílaba larga, *Aes*, y dos breves, *chy-lus*. La penúltima sílaba es, pues, breve, y, por tanto, es esdrújulo el vocablo.

3. Asimismo se dice comúnmente *Espartaco* por *Espártaco*, como se ve en el hexámetro de Horacio, «Epodon», XVI. 5:

aemula nec virtus Capuae, nec Spartacus acer,
donde *Spartacus* es el quinto pie dáctilo, de larga y dos breves.

4. Muchas veces habrán oído decir: el *can Cerbero*, el gran perro del infierno pagano. Pero Virgilio, en la «Eneida», VI, 417:

Cerberus haec ingens latratu regna trifauci.

Aquí el primer pie del hexámetro es el dáctilo *Cēr-bě-rūs*, primera sílaba larga y las otras dos breves: por consiguiente, hay que pronunciar *Cérberus*.

5. También suele escribirse mal *Prosérpina*, la diosa del infierno pagano, la cual se escribe generalmente *Proserpina*; pero Horacio. «Epodon», XVII, 2, dice:

supplex et oro regna per Proserpinae.

En este verso senario yámbico, el sexto pie es un yambo, *pinae*, que consta de una sílaba breve, *pi*, y otra larga, *nae*. Si la sílaba penúltima, *pi*, es breve, debe pronunciarse *Prosérpina*.

Lo mismo Virgilio en el libro I de las «Geórgicas», v. 39:

Nec repetita sequi curet Proserpina matrem,

donde el quinto pie del hexámetro es *sérpina*, larga y dos breves.

6. También se pronuncia mal el nombre mitológico *Pégaso*, el caballo alado de Perseo. El Diccionario de la Academia, en el artículo *pegaseo*, dice: «Perteneiente al caballo Pegaso o a las Musas». Pues bien: no debe decirse *Pegaso*, sino *Pégaso*, como se colige del hexámetro de Ovidio en el libro IV de las «Metamorfosis», XIV, 22:

Pegason, et fratrem, matris de sanguine natos,

donde el acusativo griego *Pegason* es un dáctilo, y, por consiguiente, siendo breve la *a* de la sílaba penúltima, debe pronunciarse *Pégason*, y en español *Pégaso*, no *Pegaso*.

7. Pronúnciese lo mismo el nombre de la famosa reina de Egipto, *Cleópatra*, no *Cleopatra*, puesto que es breve la sílaba *pa*.

8. Así mismo la Academia, para ser consecuente consigo misma, debería disponer que se pronunciase *saxofono*, *microfono*, *gramofono*, *telefono*, porque la sílaba penúltima *fo* de todas estas palabras es larga y, por tanto, no pueden pronunciarse esdrújulas. Si hay quien opine lo contrario, sea académico o no lo sea, debe probar que dicha sílaba es breve, o que, aun siendo larga, no deben pronunciarse llanas esas palabras. Pero nadie probará que es breve, porque la sílaba *fo* de todas esas voces es la de φωνή, que en griego se escribe con ω. Si, siendo, como es, larga dicha sílaba, se pronuncian esdrújulos esos vocablos, se contraviene la regla de la Academia. Todos decimos, por ejemplo, *atmósfera*, aunque es larga la penúltima sílaba, de ἀτμός-σφαῖρα, y debiéramos decir *atmosfera*, como decimos *fotosfera*, *cromosfera*, *estratosfera*. Todos decimos también *polígono*, y la Academia no ha dispuesto que se escriba y se pronuncie *polígono*, puesto que la sílaba penúltima *go* es larga, y, por tanto, el acento, debe cargar en ella. Lo mismo sucede con todas las palabras terminadas en *gono*, como *octogono*, *decagono*, et-

cétera, compuestas de ὀκτώ ocho, δέκα diez, etc., y el sustantivo γωνία, ángulo que se escribe en griego con ω.

9. También escribe el Diccionario de la Academia *dextrógiro* y *levógiro*, esdrújulos, en lugar de escribirlos *dextrogiro* y *levogiro*, llanos, puesto que estos vocablos se componen de *dextro* diestro, y *laevo* izquierdo, con el sustantivo grecolatino *gyrus*, cuya *y* es larga, como se ve en este verso de Virgilio:

Septem ingens gyros, septena volumina traxit,

donde *gens gy* es el segundo pie, espondeo, de dos sílabas largas; y en este otro hexámetro de Propercio:

Cur tua praescriptos evecta est pagina gyros?

donde *gyros* es el sexto pie, espondeo, del verso.

Queda, pues, bien claro que debe decirse *dextrogiro* y *levogiro*, no *dextrógiro* y *levógiro*.

10. Escribe asimismo la Academia en su Diccionario el vocablo: *Polifono*, y aunque ya lo tocamos anteriormente, no estará de más insistir un poco en él.

En griego hay dos adjetivos *polifonos*, uno que se escribe con ο en la sílaba φο, y otro con ω. El primero debe escribirse en español *polifono* y pronunciarse esdrújulo, y el segundo debe escribirse sin acento y pronunciarse llano, *polifono*. Los dos son compuestos, y tienen concisa la primera parte de la composición: πολύ, mucho. La segunda parte es igual en castellano: *fonos* y latín *phonus*, pero no en griego, pues la ο de la sílaba fo es una ω en uno y una ο en otro, y, por consiguiente, uno debe pronunciarse llano: *polifono*; y otro esdrújulo: *polifono*. El φόνος breve significa *muerte, asesinato*, y, por consiguiente, *polifono* significa muy «mortífero, homicida». El φωνος con ω viene de φωνή voz, y así *polifono* significa «perteneciente o relativo a la polifonía, conjunto de sonidos simultáneos, etc.», que dice el Diccionario de la Academia. Quedamos, pues, en que *polifono* no es lo mismo que *polifono*.

11. Me preguntan algunos si acertó el Padre Isla escribiendo *hipocondria*, sin acento, siendo así que todo el mundo pronuncia *hipocondria* con acento en la *i*, y así escribe también esta palabra el Diccionario de la Academia.

A esto no puedo contestar sino que el Diccionario escribe efec-

tivamente *hipochondria*, pero dice que este vocablo viene del latín *hypochondria*, con la *i* breve, y éste del griego ὑποχόνδριον con acento agudo en la ὄ de la sílaba χόν.

Si la *i* del latín es breve y lo mismo la griega, es decir, si es breve la cantidad de la penúltima sílaba, el acento, según la regla de la misma Academia, debe recaer sobre la tercera sílaba *chon*, que en español es penúltima, *con*, porque la sílaba final en español es un diptongo, *dria*, y en latín y en griego *dri-a* son dos sílabas, porque *i-a* no forman diptongo. Quedamos, pues, en que, según la misma Academia, que escribe *hipochondria*, debe escribirse *hipochondria*, por ser breve la *i* de la penúltima sílaba grecolatina.

12. Y ya que hablamos de acentos diremos que la Academia corrigió hace tiempo muchos vocablos que antes llevaban acento y hoy no. Así, hoy se escribe *telegrama*, *pentagrama*, *hectolitro*, etc., y antes se decía *telégrama*, *pentágrama*, *hectólitro*, etc.

En muchos vocablos ha contemporizado la Academia con el uso, o con el abuso, y ha dejado en su Diccionario las dos formas: así *cíclope* y *ciclope*, *cónclave* y *conclave*, y otras, que en realidad no deben llevar acento.

Otras ha dejado sin corregir: por ejemplo, *acónito*, planta venenosa, en griego ἀκόνιτον, con acento en la *o*, pero la *i* es larga, y por esto en latín se dice *aconítum*, y se pronuncia grave, no esdrújula, como se ve en el verso 152 del libro II de las *Geórgicas* de Virgilio:

semina, nec miseros fallunt aconita legentes.

Donde hay que pronunciar *aconíta*, porque la *i* es larga. El acento griego no influye para nada en la pronunciación, como en *policromo*, vocablo grave, aunque el griego πολύχρωμος lleve acento en la *o*, pero la *o* de χρω es una ω, lo mismo que sucede πολύγλωττος, en español *poligloto*, *poliglota*, no *políglota* como escriben muchos.

13. También podía corregirse la voz *púdico*, porque en latín es *pudicus*, con la *i* larga, como lo dice el mismo Diccionario de la Academia, poniéndose en contradicción consigo misma:

Fertur pudicae coniugis osculum, dice Horacio en la oda V del libro III, v. 41, donde hay que leer *pudicae*, acentuando la *i* que es larga, como primera sílaba del pie espondeo *-dicae*.

* Y Juvenal en la sátira sexta:

Credo pudicitiam Saturno rege moratam, donde el segundo pie *-dicit* es el dáctilo.

Sobre el genitivo en *-ai* y otros puntos de pronunciación clásica

La terminación *ai* del genitivo singular de la primera declinación latina tuvo muchos cambios: primeramente se dijo *a-i*, disílabo de dos sílabas largas. Así Ennio, en los *Anales*, dice *terr-a-i frugifera-i*, con las dos sílabas *a-i* largas; en Lucrecio hay muchísimos genitivos en *a-i* con las dos sílabas largas, y hasta en Virgilio, un poco amigo de arcaísmos, se leen dos o tres genitivos de la misma cantidad. Así en el libro III de la *Eneida*, v. 354 nos sorprende con este hexámetro:

aulai medio libabant pocula Bacchi,

donde *aula* es un espondeo que consta de dos sílabas largas, y el *i medi* es un dáctilo, que consta de larga y dos breves. De manera que, como se ve *la-i* son dos sílabas largas, y, por tanto, en ese hexámetro hay que leer *aulái*. En Horacio no hay ninguno de estos genitivos.

Después la *a* se abrevió y *ai* se convirtió en diptongo, que más tarde se escribió *ae*, pero continuó siendo diptongo que se pronunciaba *ai*, como en alemán *Káiser* o *Stein* (piedra), que se pronuncia *stain*. Por último, en el siglo IV, después de J. C., se escribió *e* y se pronunció *e* abierta, aunque esta pronunciación (no la grafía) era muy anterior al siglo IV, y es la corriente en Alemania, en España y, en general en todas partes donde se estudia latín.

Y lo que se dice de la *ae* debe decirse de la pronunciación de otras letras o grupos de letras, de la *c*, de la *g*, de la *v*, y de la *t*, del diptongo *oe*, etc. No hay que alterar la pronunciación corriente, diciéndonos, como si no lo supiéramos, que Cicerón decía *Kikero*.

Se comprende que en Francia quieran los sabios alterar la pronunciación y ponerla de acuerdo con su sabiduría, porque en Francia se pronuncia lo mismo *sis*, *cis* y *scis*; las tres se pronuncian lo mismo, *sis*, siendo de tan diverso significado: *sis*, seas o si quieres; *cis*, del lado de acá, y *scis*, sabes.

Leamos la tercera estrofa del sublime himno de Santo Tomás,
Pange lingua:

In supremae nocte cenae,
recumbens cum fratribus,
Observata lege plene
cibis in legálibus,
fratrum turbae duodenae
se dat suis mánibus.

Todos (menos los *kikeronianos*) leerán:

In supreme nocte cene...
observata lege plene
cibis in legálibus,
fratrum turbe duodene...

Pero si nos sale un *kikeroniano* cantando:

In supré-ma-e nocte ké-na-e,
recumbens cum frátribus,
obseruata legue plene
kibis in legálibus,
fratrum túr-ba-e duodé-na-e
se dat suis mánibus.

¿qué diremos de la rima *kéna-e* y *duodé-na-e* con *plene*? ¿Es una rima perfecta o una perfecta grima? ¡Qué horror!

Sobre algunos numerales

Un señor de Málaga me hace una serie de preguntas y quiero contestarle desde esta revista.

«La palabra «mil» ¿es epócope de millar? ¿Por qué no se dice miles, igual que decimos millares; dos miles, tres miles, igual que se dice doscientos, trescientos?»

No, señor, la palabra «mil» no es apócope de «millar».

Mil viene del latín *mille*, del cual se deriva *milliarium*, que ha dado en español *millar*. *Mille* en latín tiene un plural, *milia*; en español, *miles*. Horacio dice: *bis mille equos*, dos mil caballos. Virgilio: *mille trahens varios adverso sole colores*, mil colores varios. *Mille* en singular, concertando con *equos*, *caballos* y *colores*. Es, pues, *mille* un adjetivo invariable. Otras veces es sustantivo, como cuando escribe Nepote: *mille militum*, mil soldados (un millar de soldados). O usan el plural; así Tito Livio: *armati duo milia*, dos mil ar-

mados. Y el mismo Livio: *viginti milia peditum, veinte mil* (veinte millares de) *infantes*.

En español también unas veces se usa *mil* como adjetivo invariable: *mil hombres*; otras veces como sustantivo equivalente a *millar*: *unos miles de mujeres*, cuando no se determina el número de miles. Cuando se precisa el número, es invariable *mil*: *tres mil, cuatro mil niños*; pero *miles de niños, unos, varios, muchos miles de estrellas*.

Si la palabra ciento es masculino prosigue el mismo señor, ¿por qué se dice doscientas, trescientas, etc.?»

Ciento como adjetivo no tiene género, y así se dice lo mismo *cien cangrejos* que *cien truchas*. *Doscientos, trescientos*, etc., son adjetivos de dos terminaciones, masculina y femenina, como los adjetivos latinos *ducenti, trecenti*, etc., y así como los latinos dicen *ducenti homines, ducentae mulieres*; así decimos nosotros doscientos hombres, doscientas mujeres. Como sustantivo, *ciento*, es masculino: *unos cientos de hombres o de mujeres*.

Y continúa el consultante: «¿Por qué se escribe *novecientos* en vez de *nueve cientos*, y no se escribe *nove mil* en vez de *nueve mil*?»

Nueve es en latín *novem*. La *o* de *novem*, por ser tónica y breve, se convierte, al pasar al español, en el diptongo *ue*: de *novem, nueve*, como de *porta, puerta*; pero cuando desaparece el acento queda la vocal primitiva: *novena* y no *nuevena*, *portero* y no *puertero*.

Pues bien: como *nueve mil* son dos palabras y cada una conserva su acento, la sílaba *nue* de *nueve* ha de conservar el diptongo. Por el contrario, *novecientos* es una sola palabra, el acento ha pasado a la sílaba *cien* y por tanto la sílaba átona «*no*» recobra su vocal primitiva latina *o*.

Sucede lo mismo en *setecientos* y *siete mil*. *Setecientos* es una sola palabra, la sílaba «*se*» no tiene acento y conserva, por consiguiente, la *e* breve latina de *septem, siete*. *Siete mil* son dos palabras: la sílaba *sie* tiene su acento y la *e* latina se ha convertido en el diptongo *ie*. Así en muchísimas palabras: de *terra* viene *tierra*, pero *terreno, terráqueo*, etc. Del verbo latino *secare* viene el español *segar*, pero cuando la *e* está acentuada se dice *siega*, etc.

A propósito de «ambrosía»

Hace años, en un poema de Marquina, leí —nos escribe un consultante— que el poeta bebía «una copa colmada de ambrosía». Era aquí sólida la ambrosía; no podía yo comprender de qué modo un líquido puede colmar una copa.

No es extraño que el articulista no sepa lo que es la *ambrosía*. Según la mayor parte de los mitólogos—porque la *ambrosía* pertenece a la categoría de los mitos—la *ambrosía* era el alimento de los dioses, gracias al cual poseían la inmortalidad, que es lo que significa la palabra *ambrosía*, etimológicamente considerada. Y siendo un alimento, lo mismo podía ser sólido, que líquido, que gaseoso. Pero en general se consideraba como un alimento sólido. Sin embargo, para Apuleyo, el famoso autor de *El Asno de Oro*, la *ambrosía* era un brebaje que los dioses bebían para inmortalizarse.

Y, si hemos de estar a lo que nos dice Virgilio en el libro I de la *Eneida*, ver. 403, pudiera creerse que la *ambrosía* no era un alimento, ni sólido ni líquido, sino una especie de cosmético, puesto que en el lugar citado dice el gran cisne de Mantua:

*ambrosiaequae comae divinum vertice odorem
spiravere...*

que la cabellera (de la diosa Venus) exhaló la divina fragancia de la ambrosía.

Y es de notar que en este hexámetro de Virgilio debe pronunciarse *ambrosia*, no *ambrosía*, puesto que *ambrosi* es un dáctilo; de manera que la sílaba *si* es breve y, por tanto, el vocablo de pronunciarse *ambrósia*, esdrújulo con el acento en la sílaba *bro* y deshaciendo el diptongo español *ia*, que en latín no es diptongo.

Nosotros pronunciamos a la griega, *ambrosía*, porque en griego está acentuada la *i*; pero en latín ha desaparecido el acento y la *i* es breve; por consiguiente, siendo breve la penúltima sílaba, la palabra ha de ser esdrújula, según la regla de la misma Academia. Pero ha triunfado la pronunciación griega *ambrosía*, tal vez para que *ambrosia* no se confunda con la carabina de Ambrosio.

Sea como quiera, *ambrosía* es palabra griega, que significa inmortalidad, derivada del adjetivo participio ἄμβροτος, *inmortal*, que también aparece en sánscrito en la forma *asurtas*, de la partícula privativa *a*, lo mismo que en griego y el participio *surtas*, en latín

mortuus; de manera que el sánscrito *asurtas*, el griego ἀμβροτος y el latín *immortalis* vienen a ser una sola y misma cosa.

Debo advertir que la *r* del sánscrito *asurtas* es una *r* vocal, que debe pronunciarse *er* u *or*.

Quedamos, pues, en que *ambrosia* es un término mitológico, que lo mismo puede ser sólido que líquido o gaseoso. El caso era dar la inmortalidad a los dioses, que se morían infaliblemente sin su ración de ambrosía o de ambrosia.

Pero no; a falta de ambrosía tenían el néctar, que era una bebida deliciosa, muy superior al licor Chartreuse, al Codorniú y al Moet-Chandón. Del néctar nadie duda que era una bebida incomparable, la bebida por excelencia de los dioses, que escanciaba en el empíreo Ganimedes, honrado con ser el copero de los celestiales.

¿Qué es Iscariote?

Me preguntan algunos si es mote o apodo el adjetivo Iscariote que se aplica a Judas el traidor.

Iscariote no es mote ni apodo; es sencillamente un nombre gentilicio. Iscariote es un vocablo compuesto de dos palabras hebreas: *ish*, que significa *varón*, y *keriyot*, o *kariot*, que es un plural hebreo como los españoles Burgos o Cádiz (en latín *Gades*), y designa la patria o pueblo donde nació Judas; de manera que *Iscariote* quiere decir varón u hombre natural de Cariot, que significa cortijo y era una ciudad de la tribu de Judá.

Nebrija, en su Gramática, dice: «Los judíos añaden el nombre del padre a los nombres propios, como Josué ben Nun, que quiere decir hijo de Nun; algunas veces añaden el nombre del lugar, como Joseph de Arimatea, Judas de Scariot».

José, el ilustre miembro del Sanedrín, varón bueno y justo y discípulo de Jesús, que pidió a Pilatos el cuerpo del Señor ya muerto, era, en efecto, de Arimatea, probablemente la actual Bambla o Bambleh, ciudad distante de Jerusalén unos cincuenta kilómetros; pero el nombre del lugar donde nació Judas el traidor no es Scariot, como dice Nebrija en su Gramática Castellana, sino Cariot.

Esa *s* inicial de Scariot no es sino la *sh* final de *ish* (que se pronuncia como *ich* (en francés); de modo que *Scariot* es una aféresis

de *Ish-cariot*, hombre de Cariot, como si dijéramos hombre de Madrid o madrileño, de Burgos o burgalés, de Atenas o ateniense.

No es, pues, *Iscariot* ningún mote ni apodo ni término injurioso o despectivo, sino simplemente un nombre gentilicio.

En el evangelio de San Mateo. cap. X, donde se dan los nombres de los doce apóstoles, se nombra a Judas diciendo: καὶ Ἰούδας ὁ Ἰσκαριώτης ὁ καὶ παραδούς αὐτόν, y Judas el Iscariote, que fué quien lo entregó. Y en el cap. XXVI v. 14 se dice ὁ λεγόμενος Ἰούδας Ἰσκαριώτης, el llamado Judas Iscariote. Ya se sabe que San Mateo escribió su Evangelio en arameo, dialecto hebreo que era el que se hablaba en Palestina. El original se perdió, pero se conserva la traducción griega, que debió de hacerse muy pronto, y en ella se dice *Iscariotes* con el sufijo gentilicio *es*.

San Marcos, en el cap. III, vers. 19, al nombrar los doce apóstoles, dice: καὶ Ἰούδαν Ἰσκαριώτην.

Y San Lucas, en el cap. VI, vers. 16: καὶ Ἰούδαν, etc., y a Judas Iscariote que lo entregó.

Pero *Iscariotes* o *Scariotes* con el sufijo gentilicio *es* o *Scariot* con la aféresis de la *i* inicial es exactamente lo mismo que *Iscariot* o *Scariot*. Siempre es el compuesto de *ish*, varón, y *Cariot*, ciudad de la tribu de Judá: *ish Cariot*, hombre o varón de Cariot o ciudadano natural de Cariot.

EUSTAQUIO ECHAURI.